

LAS ABREVIATURAS COMO INDICADORES DE HÁBITOS DE LECTO-ESCRITURA

ANA-BELÉN SÁNCHEZ PRIETO

1. ABREVIATURAS, BRAQUIGRAFÍA Y PALEOGRAFÍA

Una abreviatura es un signo léxico, en el cual una palabra ha sido substituida por alguno o algunos de sus componentes, los mínimos que se consideran necesarios para que la palabra sea entendida. Formalmente está construida por un componente alfabético (la letra o letras que permanecen) y un componente simbólico (el signo de abreviación), cuyo único fin es generalmente indicar la sola existencia de la abreviatura y por tanto su forma es variable (punto, apóstrofo, línea sobrepuesta, etc.); sólo excepcionalmente el signo de abreviación tiene un significado específico (como la línea oblicua que cruza algunas letras como *p*, *s*, *v* y que ha de leerse como *er*, dando lugar, por tanto a *per*, *ser*, *ver*) y sólo excepcionalmente tiene forma alfabética (caso de las letras sobrescritas que a una altura superior y en tamaño menor acompañan al componente alfabético principal, como en *M^a* = *María*, o *C^{ia}* = *Compañía*). La abreviatura supone por lo tanto una ruptura de “la integridad o forma orgánica de las palabras y secuencias textuales”¹ y el significante queda manipulado de un modo que *a priori* obligará al lector a realizar un trabajo de descodificación más atento².

Por formar parte integrante de la producción escrituraria y por sus componentes alfabéticos, las abreviaturas son un ingrediente importante en el contexto de la historia de la escritura. Dentro de los tratados de Paleografía constituyen generalmente un subsidio bajo el epígrafe de *braquigrafía*, a pesar de que rara vez son considerados desde otro punto de vista que no sea el meramente práctico³. Es decir, para interpretar correctamente las escrituras en desuso (*Paleografía de lectura*), es imprescindible saber desarrollar correctamente las abreviaturas, y cualquiera que se haya enfrentado a un texto antiguo sabe que aquí reside su máxima dificultad, sobre todo en los casos de nombres propios de personas y lugares.

No falta por tanto en prácticamente ninguno la explicación de los dos (o tres) sistemas más comunes de abreviar:

La suspensión o apócope, que es el mecanismo abreviativo más espontáneo y común y que consiste en eliminar letras por el final de la palabra, de modo que la abreviatura está realmente

¹ RUIZ, E.: *Hacia una semiología de la escritura*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 1992, p. 180.

² MÉNDEZ VIAR, M.^a V.: “Las abreviaturas: ¿Necesidad de una revisión metodológica?”, *Signo*, 4 (1997), pp. 57-67, ref. p. 58.

³ BISCHOFF, B.: las incluye dentro de lo que él denomina “los estadios inferiores de la Paleografía”, en “Compte rendue des travaux de deuxième Colloque international de Paléographie, Paris, 25-27 mai, 1967”, *Bulletin de l'Institut de recherche et histoire des textes*, 14 (1966), p. 129.

constituida por su inicio más el signo de abreviación, que puede ser el punto, el apóstrofo, la línea o algún signo especial.

La contracción o síncope, que consiste en suprimir letras por el centro de la palabra, permaneciendo el principio y el final más el signo de abreviación, que sirve para remplazar no importa qué letra o letras dentro de la palabra.

Algunos manuales incluyen también la aféresis, que tiene lugar en aquellos escasísimos casos en los que se ha suprimido la letra inicial y que se deben a una alteración de una abreviatura originaria producida por la desaparición de la primera o primeras letras (.n. = *enim*, † = *vel*, g° = *ergo*); es decir, que la aféresis es la abreviatura de una abreviatura.

Tampoco suele faltar en los manuales al uso alguna digresión sobre los tipos de signos de abreviación, distinguiendo entre aquellos que tienen un valor genérico, indicando simplemente la existencia de la abreviación (signos generales de abreviación), y los que tienen el valor específico de una o varias letras concretas (signos especiales de abreviación). Muchos además incluyen largas listas de palabras abreviadas con sus correspondientes desarrollos, que en líneas generales son de escasa o nula utilidad.

Bastante más raro es que se presente el estudio de las abreviaturas desde un punto de vista crítico (el de la *Paleografía de análisis*), y eso que su estudio es obligado para la investigación filológica e histórica de un texto, e incluso para la atribución cronológica y geográfica de un códice y aún más, del *exemplar* del que éste ha sido copiado, pues es necesario confrontar las diversas formas en que aparece abreviada una misma palabra en los distintos países y en los distintos tiempos, de modo que puedan adquirirse criterios de valor general. Es verdad que en esta dirección se han realizado avances importantes, incluso desde antes que Jean Mallon sistematizara los instrumentos intelectuales de la Paleografía de análisis⁴, pero la mayoría de ellos no rebasan la época del particularismo gráfico altomedieval.

Y así el estudio de las abreviaturas nos conduce al último estadio de la Paleografía (la *Historia de la cultura escrita*), porque pueden suministrar abundante información no sólo a cerca de las interrelaciones culturales entre los diversos centros escriptorios, sino también, y sobre todo, acerca de los hábitos de lectura y los modos de escritura.

2. ABREVIATURAS Y HABITOS DE LECTO-ESCRITURA

A primera vista, una abreviatura no es otra cosa que un mecanismo de ahorro: ahorro de material, ahorro de tinta, y, sobre todo, ahorro de tiempo y esfuerzo por parte del escriba.

Pero esta tesis sólo explica completamente fenómenos del tipo de las notas taquigráficas, en los que el tiempo de ejecución es el factor determinante. En el caso de los códices o documentos en pergamino, la primera razón que se le ocurre a uno es el ahorro de espacio: si para escribir un cuaderno había que matar una ternera, parece lógico suponer que en ese cuaderno se quisieran escribir el mayor número de palabras posibles; y si nos ponemos en la piel del *lapicida* romano, que tallaba largos nombres en el mármol, fácilmente nos imaginamos cuánto se complacería en abreviar todos esos largos nombres en tal sólo una serie de iniciales.

Sin embargo, estas razones no resultan totalmente satisfactorias, porque en muchos casos escribir una palabra abreviada exige más atención y por lo tanto mayor esfuerzo por parte del que escribe, al tiempo que el ahorro de material es en muchos casos insignificante. Y por otra

⁴ Ya Ludwig Traube, había manifestado la necesidad de poseer una recopilación amplia y comprensiva de abreviaturas en orden a proporcionar pistas para datar y ubicar el origen de los manuscritos. Ver M. W. LINDSAY: *Notae Latinae. An Account of Abbreviation in Latin Mss. of the Early Minuscule Period (c. 700-850)*, Hildesheim-Zürich-New York, Georg Olms Verlag, 2000, p. VII y ss.

parte, ¿qué sentido puede tener ahorrar una o dos líneas de espacio en el pergamino de un documento, cuando muchas veces la mitad del espacio está ocupado por largas listas de confirmantes y testigos con sus respectivos signos? O ¿cuántos denarios se ahorraron cuando, en el Arco de Tito en Roma, el famoso “Senatus Populusque Romanus” se abrevió en la secuencia de siglas “SPQR”?

En estos casos y en muchos otros intervienen factores psicológicos que están relacionados con los hábitos de lectura, porque la representación frecuente de una misma palabra facilita su lectura por la visión de sus componentes más representativos. Además, la lectura se realiza mediante una serie de movimientos rápidos y muy cortos seguidos de una pausa, por lo cual la primera y la última letra de cada palabra se perciben mejor que las intermedias. Estas son las mismas razones que hacen confundir una palabra con otra cuando sus elementos semánticos (es decir, sus letras) más característicos son los mismos, y que dificultan el reconocimiento de las erratas de un texto, sobre todo si quien lo revisa es la misma persona que lo ha escrito.

Es decir, que, en cierto sentido y por lo menos en algunos casos, lo que determina el uso (y hasta el abuso) de algunos sistemas abreviativos es la “ley del mínimo esfuerzo”, pero no por parte del escriba, sino del lector, que de este modo es capaz de percibir de un solo golpe de vista el mismo concepto de una larga cadena que escrita en su integridad requeriría un trabajo mucho mayor para ser percibida. La actual proliferación de siglas y apócope responden a esta necesidad: “tele” o “TV” por *televisión*, “CSIC” por *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, “ACB” por *Asociación de Clubes de Baloncesto*, “OTAN” por *Organización Tratado Atlántico Norte*, obedecen a esta causa e incluso en la cadena hablada es mucho más frecuente su uso que sus versiones desarrolladas. La publicidad hace buen uso de todo ello.

Ahora bien, si esto es estrictamente cierto, no lo es menos que este fenómeno ocurre solamente con las palabras de utilización frecuente. Así pues, el estudio riguroso del empleo de las abreviaturas en ciertas comunidades puede ser de gran ayuda para comprender sus hábitos y modos de lectura.

Y a pesar de todo, tampoco estos factores cognoscitivos explican la totalidad de las prácticas abreviativas: “Existe un misterio de las abreviaturas y la razón de su empleo puede tener unos orígenes cuyo recuerdo se ha perdido o alterado en el decurso del tiempo”⁵.

3. HISTORIA DE LAS ABREVIATURAS, HISTORIA DE LAS ESCRITURAS

3.1. ROMA

Como la escritura latina, sus primeras palabras abreviadas aparecieron en la Roma arcaica. Hablamos de palabras abreviadas y no de sistemas abreviativos porque en origen no se aprecia la existencia de ningún conjunto orgánico.

El primero en aparecer fue el de las *litterae singulares* o siglas, seguido de las notas tiro-nianas, las *notae iuris* y, ya en el período cristiano, los *nomina sacra*.

Las *litterae singulares* constituyen un sistema de abreviación por suspensión que reduce la palabra completa a su sola inicial. Su origen no se conoce a ciencia cierta. Se supone que, utilizadas para abreviar en principio los nombres de persona, tenían una función casi mágica para sustraer a los portadores de los nombres del “mal de ojo”⁶, o bien que tuvieran “una faceta ocultista como señuelo para atraer el interés del futuro lector que se sentía estimulado a descifrar un mensaje sugerido en

⁵ STIENNON, J.: *Paléographie du Moyen Âge*, Paris, Armand Colin, 1991², p.125.

⁶ MENTZ, A. y HAEGER, F.: *Geschichte der Kursive*, Wolfenbüttel, 1974².

un lugar claramente representado”⁷. Estas teorías casan bien por una parte con la muchedumbre de supersticiones que jalonaban la vida de un romano cualquiera y por otra parte con su ideal de inmortalidad mediante la vida de la fama, pero mal con el hecho de que algunos *praenomina* no se abreviaran. En cualquier caso, el hecho es que el número total de *praenomina* era de lo más exiguo y esto debió de favorecer su uso abreviado. Es innegable así mismo que su nacimiento tuvo lugar en el campo epigráfico —donde probablemente se vieron condicionadas por la constricción que imponía un espacio reducido según las medidas habituales del soporte gráfico, comparado con las grandes dimensiones de las letras— y que desde ahí se extendió a otros ámbitos escriturarios de carácter tanto público como privado. En este sentido es San Isidoro de Sevilla el principal informador⁸:

En los libros de Derecho se encuentran algunas letras que son verdaderas notas y tienen por objeto hacer la escritura más breve y pronta; así, por ejemplo, B.F. significa *bene factum* (bien hecho), S.C. Senado—consulta, R.P. *Res Publica*; P.R. Pueblo Romano; D.T. *dumtaxat*, solamente; W (M invertida), mujer; P significa pupilo y P invertida, mirando su arco hacia la izquierda, pupila; K es *caput* y KK causa de calumnia; I.E., *Iudex esto* (se juez), D.M. *dolum malum* (engaño)...

Igualmente en los cuadernos en que se inscribían los nombres de los militares antiguamente había unas notas que daban a conocer quiénes eran los supervivientes y quiénes eran los caídos; una T puesta al lado del nombre indicaba el superviviente, y al lado del difunto se ponía la letra griega *theta*, que tiene en el medio como un puñal, signo de la muerte... Para significar la impericia empleaban la letra *lambda*, como para significar la muerte usaban la letra *theta*. Para el pago de los haberes empleaban también otras notas.

Valerio Probo, un gramático de la segunda mitad del siglo I, reunió un buen elenco de siglas⁹. Las dividió en *notae publicae* (las elaboradas “pro uso publico et observatione communi”) que se encontraban en las leyes públicas y textos sacros, históricos y jurídicos, y *notae familiares*, usadas en el ámbito privado.

Las notas tironianas no son propiamente abreviaturas, sino un sistema taquigráfico que nació condicionado por la práctica forense. Plutarco informa de que Jenofonte introdujo un sistema parecido entre los griegos, y que su primera aplicación práctica en Roma fue en el año 63 a.C., para tomar por escrito un discurso pronunciado en el Senado por Marco Porcio Catón contra Catilina. Nuevamente San Isidoro de Sevilla¹⁰ relata que:

Ennio fue el primero que encontró mil y cien notas vulgares. Usaron estas notas los amanuenses, que cuando tenían que asistir a los discursos o juicios se dividían el trabajo entre ellos, determinando estas notas cuántas palabras y con qué orden había de recibirlas cada uno. Tulio Tirón, liberto de Cicerón, fue el primero que comentó en Roma estas notas, pero solamente de las preposiciones.

Después de él, Vipsanio, Filargio y Aquila, liberto de Mecenas, agregaron otras. Después Séneca las reunió, clasificó y aumentó hasta cinco mil.

Estas notas se llaman así porque notan o dan a conocer al lector las sílabas o palabras anotadas, y los peritos en ellas reciben el nombre de notarios.

De estas noticias se deduce que el sistema se fue desarrollando poco a poco con las prácticas del foro. Con los cambios políticos introducidos en la época de Augusto, la actividad del Senado perdió mucha de su importancia, pero a cambio el progresivo desarrollo de la adminis-

⁷ OSTOLAZA ELIZONDO, I.: “Evolución de las abreviaturas en la documentación castellana bajomedieval: razones lingüísticas y paleográficas”, en *Las abreviaturas en la Enseñanza medieval y la transmisión del saber*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1990, p. 254.

⁸ *Etimologías*, I, 23, 1.

⁹ MOMMSEN, T.: “Notarum Laterculi”, en *Grammatici Latini*, Leipzig, 1864, pp. 265–352, cit. p. 271.

¹⁰ *Etimologías*, I, 22, 1.

tración multiplicó las necesidades de escritura y con ello la de taquígrafos experimentados, capaces de tomar al dictado y con exactitud textos de carácter burocrático y a veces epistolar.

De todos modos el hecho es que no han llegado hasta nosotros notas tironianas en textos de época romana, y sólo son conocidas a través de códices y documentos medievales, y sobre todo del *Lexicon Tironianum*, una compilación de época romana pero que ha sobrevivido únicamente en copias de los siglos x y xi.

Desde el punto de vista formal, una nota tironiana se compone de dos elementos: un radical o signo principal y una terminación o signo auxiliar, de tamaño menor¹¹. En realidad, estos signos son de naturaleza alfabética: simplificaciones a partir de cualquiera de las variantes gráficas en uso, a las que se añadieron algunos otros signos de ascendencia griega y unos pocos de carácter arbitrario, y por lo tanto para algunas letras existen hasta cinco o seis formas distintas. El radical puede expresarse por la letra inicial, la sílaba inicial o varias letras, a veces incluso colocadas en un orden diferente. El signo auxiliar indicaba el tiempo verbal o el caso de sustantivos y adjetivos, por lo que cuando se trata de una palabra indeclinable, un nominativo o un verbo en tercera persona del presente de indicativo, suele faltar.

El siglo iii presenció una de las mutaciones más completas y dramáticas del mundo antiguo. En el plano político es la época de los emperadores militares, generales de fortuna procedentes de las provincias que, proclamados por sus tropas, marchaban sobre Roma para gobernar durante un breve período y ser sustituidos por otro del mismo modo. En el plano puramente escriturario tiene lugar la aparición de la escritura minúscula, que acaba por substituir a la capital en casi todos los ámbitos y que termina por dar lugar al complejo sistema gráfico jerarquizado en las escrituras uncial, semiuncial y minúscula cursiva. En el plano espiritual, el Cristianismo irrumpe con una fuerza arrolladora, condicionando en lo sucesivo todo tipo de manifestaciones culturales. Se trata en definitiva de una auténtica crisis que concluye, ya en el siglo iv, tras las reformas de Diocleciano y Constantino.

Su transcendencia en los diversos ámbitos de civilización es bien conocida, pero aquí nos interesa especialmente la reforma de la administración, por cuanto fue éste el ambiente en el que se desarrollaron las *notae iuris*.

En realidad, su origen parece remontarse al siglo ii, si bien los testimonios conservados más antiguos datan del iii y en el iv alcanzaron ya un gran auge en los textos de tipo jurídico. Inicialmente no constituían un verdadero sistema de abreviación, sino simplemente abreviaturas de expresiones y tecnicismos de utilización frecuente.

Los métodos de abreviación empleados en las *notae iuris* son de lo más variado: se practicaba la suspensión, heredada de las siglas, que se señalaba con un apóstrofo o una coma, o incluso sin signo; se reaprovecharon algunos signos tomados directamente de las notas tironianas, o se adaptaron para crear nuevos signos formados por un carácter alfabético combinado con un signo de procedencia taquigráfica tironiana; también de la taquigrafía silábica se derivó la suspensión silábica, indicada por una línea ondulada sobrescrita; y se introdujeron las contracciones, señaladas así mismo por una línea horizontal ondulada y las abreviaturas por letra superpuesta, según la costumbre griega de escribir normalmente la primera letra y superponer la siguiente.

Es fácil imaginar que con semejante heterogeneidad de métodos los resultados fueran de los más caprichosos. Con el tiempo, además, se fueron introduciendo en los textos más y nuevas abreviaturas, que dificultaban la comprensión, con las consiguientes corruptelas del mensaje, máxime cuando las más de las veces los copistas eran legos en Derecho. Los problemas ocasionados fueron lo suficientemente graves como para que el Senado Romano decretara en el 438 su prohibición¹² y

¹¹ CHATELAIN, E.: *Notes Tironiennes*, Paris, 1900, pp. 1-3.

¹² Cod. Theod. Gesta Senatus, 5.

nuevamente en el 530 y el 533 lo hizo Justiniano¹³. De estas últimas prohibiciones se infiere que al menos la primera no se cumplió, pero es complicado valorar correctamente el grado de observancia¹⁴.

La última aportación del mundo romano a la práctica abreviativa está constituida por los llamados *nomina sacra*. En su origen fueron las formas abreviadas de los nombres con que los cristianos de los primeros tiempos se referían a la divinidad, y poseen el máximo interés, porque son uno de esos casos en los que el ahorro de espacio y de tiempo no actuó como condicionante, sino que están determinadas por factores de tipo psicológico y tabúes religiosos que son muy indicativos de cómo se percibía el lenguaje y por ende la escritura en aquellos tiempos.

Fue Ludwig Traube el primero en detectar las peculiaridades abreviativas en la tradición textual de la Biblia antes incluso de la versión de la Vulgata: “Debemos suponer que un traductor antes de Jerónimo, a la vista del texto griego que tradujo al latín, también realizó la transformación gráfica de los *Nomina Sacra*”. Sostuvo además que las abreviaturas latinas de estos nombres se formaron a partir del modelo de las contracciones griegas que constituían un grupo formado por quince términos bíblicos (entre ellos propios y teológicos) y que, por tanto, el origen de tales abreviaturas en textos latinos debe ponerse en la traducción bíblica de los judíos helenizados.

En hebreo, el nombre de Dios es impronunciable de viva voz en su verdadera secuencia fonética (que debía ser más o menos /jahweh/, si nos atenemos a los testimonios indirectos, sobre todo griegos), y por eso este nombre está desprovisto de vocales en el texto bíblico. Luego, para pronunciar de alguna manera el armazón consonántico (el “tetragrama”) «yhwh», en una época relativamente tardía, se comenzó a leerlo interpolando las vocales del apelativo genérico, *adonay*, que quiere decir “mi señor”, y así se obtenía *Jehowah*. De todas maneras, estaba formalmente prohibido alterar siquiera una sola letra del nombre divino en lo escrito, pues lo esencial era que ese nombre no apareciera nunca en su integridad y por lo tanto no aparece vocalizado en los textos hebreos cuando todo lo demás sí lo está, pues se consideraba que modificar o quitar algo de la palabra escrita equivale a no dejarla obrar en su integridad.

En la versión griega de la Biblia que se conoce como la de los Setenta, la traducción se hizo necesaria porque innumerables judíos de la Diáspora habían olvidado la lengua hebrea. Al traducir del hebreo al griego, los traductores se encontraron ante la dificultad de transcribir el nombre de *Jahveh*, que era impronunciable para los judíos y se notaba con el tetragrama IHVH. No era viable para los traductores escribir *Iabe ni Iaue*, porque se hubiera tenido por irreverente y lo sustituyeron por *θεος* y por *κυριος* en el sentido de *Adonai*. El carácter monoteísta de la religión judía propició que al referirse con *θεος* o *κυριος* al Dios único se adoptase la costumbre hebrea de escribir sólo las consonantes destacándolas con una línea que venía a subrayar este significado. Con estos precedentes, los cristianos extendieron la costumbre a otros nombres referidos al misterio de la Trinidad; *Πατηρ*, *Υιος*, *Πνευμα*; al de la salvación: *σωτηρ*; a la maternidad divina y por antonomasia santidad de María: *Μητηρ*. Estos y otros nombres de personajes bíblicos así como los relativos al misterio de Cristo, a su naturaleza humana, a la promesa del reino, a su carácter de Mesías, etc., se escribieron abreviadamente y formaron las quince contracciones griegas.

Con la traducción del texto bíblico del griego al latín aparecieron en el siglo IV cuatro nombres abreviados así: DS = *Deus*, IHS = *Iesus*, XPS = *Christus*, SPS = *Spiritus*; hacia el siglo V se introdujo DMS, DNS = *Dominus*, en identificación con *Christus*. En este sentido es tremen-

¹³ Dig. Const. Deo avetore, 13; Dig. Const. Tanta, 22.

¹⁴ BATTELLI, G.: *Lezioni di Paleografia*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1999⁴, p. 103; CENCETTI, G.: *Lineamenti di Storia della Scrittura Latina*, Bologna, Patron, 1954, p. 397.

damente significativo que hasta una época tan tardía como el siglo IX se respete el empleo de los *nomina sacra* sólo para las acepciones teológicas de las palabras que abrevian. Así, por ejemplo, se emplea SPS para *Spiritus* cuando se hace referencia al Espíritu Santo, pero no cuando esta misma palabra tiene simplemente el significado de “aliento”¹⁵. El signo con que se notaban, según la costumbre griega, la línea horizontal, fue asumido también en los textos latinos. Progresivamente, el sentido reverencial de los nombres sacros se hizo extensivo a otros, y así en el siglo V se introdujo SCS = *Sanctus*; entre los siglos V y VI, nombres relativos al orden eclesiástico: EPS = *Episcopus*, PER = *Presbyter*, DIACS = *Diaconus*, CLRS = *clericus*; a comienzos del siglo VI se escribieron como *nomina sacra*, aunque sin serlo realmente¹⁶, adjetivos determinativos y calificativos a ellos unidos: NR = *noster*, RVS = *Reverendus*, y entre los siglos V y VI su uso pasó a textos no sacros debido a que, al no existir ya copistas especializados en exclusiva para textos clásicos, sus abreviaturas adquirieron un significado genérico y a su semejanza se introdujeron otros.

Como puede verse, se trata en todos los casos de abreviaturas por contracción, y naturalmente la última letra cambia según el caso o función gramatical que desempeñe una palabra dada dentro de la oración. Ello indujo a Ludwig Traube¹⁷ a colegir que este sistema se había desarrollado a partir de los *nomina sacra*, cuando en realidad ya se empleaba en las *notae iuris*¹⁸.

3.2. LA EDAD MEDIA

Siglas, notas tironianas, *notae iuris* y *nomina sacra* constituyeron el principal legado braquigráfico transmitido desde la Antigüedad a la Edad Media¹⁹. Como en tantos otros aspectos Roma había creado todos los elementos básicos, pero aún quedaba un largo camino para llegar a constituir un sistema abreviativo orgánico y completo.

Para empezar, la creación de ese sistema se vio condicionada por la fragmentación de la escritura romana que acaeció tras la irrupción de los pueblos bárbaros en el Imperio. Las abreviaturas siguieron la misma trayectoria que la escritura en general y evolucionaron de forma separada y distinta en cada una de las antiguas provincias romanas.

Una línea de desarrollo muy particular y que manifiesta a la perfección la incidencia de las tradiciones culturales y las diferencias en la percepción de la escritura es el caso de la letra visigótica. Dejando al margen la polémica sobre su origen, el caso es que las abreviaturas hispanas tomaron pronto un camino propio. Por un lado, las abreviaturas compuestas a partir de las letras *p* y *q* asumen un trazado decididamente cursivo que acaba dando lugar a una forma abreviada para *per* casi idéntica a la que en el resto del continente se usaba para *pro*, mientras que la forma adoptada para *qui* en la Península significaba *quod* en otros lugares²⁰. Estos son probablemente los dos signos más llamativos, pero no los únicos. A través de estas peculiaridades ha podido reconocerse que el *exemplar* de algunos códices europeos fue un código peninsular²¹, y si se siguiera la investigación en este sentido probablemente podría llegar a

¹⁵ LINDSAY, W. M.: *Notae Latinae. An account of Abbreviation in Latin Mss. of the Early Minuscule Period (c. 700–850)*, p. 396. Este respeto, sin embargo, no siempre es escrupuloso, como puede verse en los ejemplos indicados por el propio Lindsay, *ibid.*, pp. 396–402.

¹⁶ LINDSAY, W. M.: *Notae Latinae*, p. 396.

¹⁷ *Nomina Sacra. Versuch einer Geschichte der christlichen Kürzung*, München, 1907.

¹⁸ SCHIAPARELLI, L.: *Avviamento allo studio delle abbreviature latine nel medioevo*, Firenze, L.S. Olsichi, 1926, 1977², p. 17.

¹⁹ SCHIAPARELLI, L.: *ibid.*, p. 42.

²⁰ MILLARES CARLO, A.: *Tratado de Paleografía Española*, Madrid, Espasa, 1983, pp. 90–91.

²¹ Este es el caso, por ejemplo, de al menos una de las cuatro partes del famosísimo Ms. 490 de la capitular de Lucca.

valorarse de un modo más acertado el verdadero alcance de la cultura hispana en el contexto europeo²².

Sin embargo, lo que hace realmente especiales desde el punto de vista braquigráfico un grupo de manuscritos visigóticos, casi todos procedentes de regiones meridionales, en un tipo de sistema abreviativo considerado generalmente como una mezcla entre la contracción y la suspensión silábica, pero que en realidad consiste en omitir las vocales, con la eventual excepción de la primera y la última. Por ejemplo, “populus” aparece bajo la forma *ppls*, y “episcopus” como *epscps*. La influencia árabe de este sistema es evidente y de hecho algunos lo han denominado “contracción semítica”, como también es evidente en la estética que desarrolla el signo general de abreviación en algunos casos: una breve lineta horizontal con un punto encima, similar a los signos diacríticos de la escritura árabe. De este modo, las abreviaturas y sus signos son una manifestación más de la creciente arabización de los cristianos del sur, de la que tanto se quejaban San Eulogio y Álvaro de Córdoba, y que llevaba a muchos jóvenes cristianos a aprender el árabe antes que el latín.

En otros ámbitos europeos, las abreviaturas se vieron sometidas a otros condicionantes y evolucionaron de forma distinta.

En poder de los amanuenses irlandeses, por ejemplo, y en menor grado de los anglosajones, las abreviaturas se multiplican, continuando los abigarrados procedimientos de las *notae iuris*. Esto pudo ser así por dos causas principales: primero, porque las Islas estaban a demasiada distancia de Roma como para que las prohibiciones dictadas desde allí sobre el uso de las *notae iuris* tuviesen efecto, y, segundo, porque la llamada minúscula insular deriva precisamente de la escritura minúscula antigua usada frecuentemente para libros de contenido jurídico y gramatical, que probablemente también contenían numerosas abreviaturas del tipo de las *notae iuris*, y de estos últimos (es de suponer que de textos jurídicos no se importaría gran cosa a las Islas) las abreviaturas pasaron a sus copias.

Se encuentran así en las escrituras insulares abreviaturas por suspensión, por contracción y por letra sobrepuesta, así como signos especiales con base alfabética (sobre todo para los compuestos de las letras *p* y *q*) o de origen estenográfico; los signos abreviativos son el punto, el apóstrofo y la línea sobrescrita, esta última muy a menudo con valor nasal.

La importancia del sistema abreviativo creado por los monjes insulares radica en que junto con ellos pasó al Continente y constituyó el núcleo principal del sistema orgánico de abreviación medieval que se fue formando paulatinamente hasta el siglo XII.

No es necesario insistir sobre el particular de lo que supuso la reforma carolina en el panorama cultural europeo, pero también aquí las abreviaturas sirven a modo de indicador cultural, porque la renovación cultural de la época carolina propició el conocimiento y la adopción de las abreviaturas del período romano según el modelo de las *notae iuris* y los principios abreviativos de la notación taquigráfica. Así, junto a la escritura carolina se fue estructurando el nuevo sistema abreviativo que se propagó primero por el Imperio carolingio y después por el resto de Europa.

Con la Baja Edad Media, las necesidades de lectura se hacen mucho más acentuadas. En los centros escolares universitarios, los estudiantes demandaban copias de las obras científicas más usuales de las diferentes ramas del saber. La consecuencia más importante desde nuestro punto de vista iba a ser un nuevo tipo de escritos, que en lugar de dificultarla, facilitarían la lectura, y un nuevo modo de entender esta última actividad: la *lectio escolástica*. La *lectio escolástica* se concibe como “un proceso de estudio que comprende un examen razonado del texto y su consulta como obra de referencia”, y se oponía a la *lectio monástica*, ejercicio de lectura efectuado por cada monje para sí mismo en la intimidad de su celda, entrecortado por la *rumiatio* o meditación que lo acompañaba. La *lectio escolástica* se orientaba a la enseñanza y estaba en la base misma de la investi-

²² Esta posibilidad ya la apunta, aunque por otras vías, Javier García Turza en su colaboración “La transmisión cultural hispana y el Renacimiento Carolingio”, en *La Enseñanza en la Edad Media, X Semana de Estudios Medievales, Nájera, 1999*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 17–38, sobre todo en las páginas 18–19.

gación escolástica universitaria, en cuanto que establecía unas reglas de intercambio desigual: el maestro lee activamente, el estudiante pasivamente. La imagen del maestro es ahora un clérigo, sentado en una sólida cátedra ante un gran banco-escritorio y con sus gafas caladas en la nariz; a su alrededor, los alumnos ocupaban pequeños pupitres sobre los que podían leer y escribir.

Es ahora cuando la escritura abandona la tradición antigua tanto en la composición como en la decoración de manuscritos, innovando con un empuje que no se había conocido desde hacía siglos. El libro adopta la forma *tractatus*, es decir, el libro de texto de la cultura escolástica-universitaria. Se caracteriza por su gran formato, con la escritura dispuesta en dos columnas relativamente estrechas, que coinciden aproximadamente con el campo de reconocimiento o de fijación visual, esto es, la amplitud que pueden abarcar los ojos de una sola vez, sin tener que deslizarse a lo largo de la línea. El texto, bastante apretado, aparece articulado por una serie de divisiones y subdivisiones, que facilitan la comprensión y sobre todo la consulta. Estas divisiones se efectúan por medio de instrumentos gráficos tales como rúbricas, marcas de párrafo, iniciales y mayúsculas de mayor tamaño, títulos corrientes, llamadas, índices, listas alfabéticas... Y en los márgenes alrededor del texto se disponían los comentarios y las notas para la lectura y el estudio, pero de modo que el escrito principal quedaba embutido dentro del pautado y no se confundía en modo alguno con los textos supletorios. En definitiva, el libro se había convertido en el más valioso instrumento para el nuevo intelectual profesional.

Las abreviaturas se multiplican, con lo cual la lectura se acelera (se acelera para el lector de entonces, porque para nosotros estos libros están plagados de dificultades, en buena medida por el uso de estas abreviaturas de carácter técnico, que obliga al paleógrafo a ser además un experto en la materia sobre la cual trate el libro para poder completar las palabras). Por el contrario, los libros litúrgicos son parcos en el empleo de abreviaturas²³. De todos modos, el sistema conservó las líneas maestras del período carolingio con particularidades localistas y temáticas.

Pero el proceso de cursivización de la escritura gótica documental propició un uso y un abuso de abreviaturas, las más de las veces sin sujeción a norma y arbitrarias y con el siglo xvi se inició la decadencia del sistema en cuanto a organización y en cuanto a número.

Finalmente, la vuelta de los humanistas a los textos literarios copiados en códices de la época carolina supuso también una vuelta a las prácticas abreviativas, mucho más moderada, de aquella época, de modo que en los manuscritos salidos de los nuevos círculos intelectuales se detecta, también en cuanto al uso de las abreviaturas, un deseo de retorno a la sobria elegancia propia de los mejores códices de los siglos ix al xi, que se manifiesta también en los primeros impresos.

4. CONCLUSIONES

En definitiva, puede afirmarse que las abreviaturas no constituyen simplemente un sistema de ahorro de tiempo y de espacio, sino que en muchas ocasiones responden a factores psicológicos o de otra índole mucho más complicados, y que incluso en el primer supuesto están condicionadas por y condicionan a su vez los usos de escritura y los hábitos de lectura. Por lo tanto, el tratamiento de las abreviaturas dentro de la Paleografía no puede reducirse a sus sistemas generales y a la elaboración de diccionarios cuyo único fin es auxiliar al lector (lo que por otra parte es indispensable) en la fatigosísima tarea de transcribir las palabras abreviadas. Su estudio pormenorizado y comparativo es fundamental tanto para descubrir las interrelaciones entre los distintos centros de producción escrituraria como para determinar algunas implicaciones psicológicas y cognoscitivas presentes en las actividades de lectura y escritura.

²³ GROS PUJOL, M.: "Abreviaturas de manuscritos litúrgicos hispánicos", en *Las abreviaturas en la enseñanza medieval y la transmisión del saber*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1990, p. 37.

